

EL EXTRAÑO PROFESOR KADOSH

Se levantó de la cama, se quitó el camisón lo tiró sobre la cama, entró en la bañera y se duchó durante más de veinte minutos, no tenía nada que hacer ahora que Ronney no estaba en casa, tan sólo pasaba el rato viendo películas y leyendo en su kindle novelas de misterio y terror, tenía idea de ir a visitar a Frank en esta semana pero no iría hoy.

Sonó su móvil encima de su mesilla de noche mientras Jenny estaba dentro de la bañera, no lo oyó con el ruido del agua y la puerta cerrada del baño. Sonó de nuevo.

Salió Jenny con dos toallas una rosa enrollada en la cabeza como una árabe y otra blanca que le cubría el cuerpo cogida a la altura de sus pechos. Volvió a sonar el móvil, Jenny se dirigió hacia la mesilla de noche, lo descolgó.

--¿Sí quién es?

--Hola Sra. Jenny, le llamo desde la escuela de idiomas, usted hace una semana dejó una carta escrita en un idioma extraño. ¿Se acuerda?

--Sí claro, dijo Jenny mientras evitaba que se le desmoronase la toalla que tenía enrollada en la cabeza al hacer movimientos con la cabeza mientras se sentaba sobre el borde de la cama con total atención de lo que le decía su interlocutora.

--Escuche Sra. la carta que usted nos dejó está escrita en arameo, no tenemos aquí profesores ni traductores que conozcan esa lengua, pero la hemos derivado a un colaborador nuestro que conoce esa lengua y le podrá ayudar en su traducción, anote usted su móvil dijo la interlocutora, dígame que llama de nuestra parte. Usted se llevó la original si coje cita con él llévele usted el original.

--Muchas gracias, dijo Jenny, un segundo, me pilla casi desnuda fuera de la ducha, voy a buscar un papel y un bolígrafo donde apuntar, en un momento yo la llamé a usted. ¿Este es el teléfono de la academia vuestra?

--Sí Señora, pregunte por Anabel, soy yo, le facilitaré el teléfono del profesor Kadosh Flasser.

Jenny abrió los cajones de su mesilla de noche, encontró un bolígrafo pero no había papel, se dirigió a la mesilla de noche de Ronney allí encontró una pequeña libreta abandonada, arrancó una hoja y volvió a marcar el número de la academia de idiomas.

Contestó la misma voz de mujer anterior.

--Hola ¿es usted Anabel? Preguntó Jenny.

--Sí Señora, soy yo.

--Está bien dijo Jenny, puede darme ahora el teléfono del profesor de arameo.

--Sí Señora, apunteló y le dio los seis números del móvil, le dije que se llamaba Kadosh, dígame que llama de nuestra parte.

--Sí lo haré, muy amable.

Jenny no tuvo paciencia ni siquiera para vestirse, prefería resolver ya esta situación y conocer el contenido de la carta misteriosa, de manera que marcó con su móvil el número del profesor Kadosh.

La voz que le contestó al otro lado del teléfono fue una voz apagada, sin vida, casi susurrante, como de alguien que parece que estaba dormido y que lo han despertado con el sonido del móvil, era una voz lejana, ausente de hálito.

--Hola dijo Jenny, ¿Es usted el profesor Kadosh?

--Sí ¿quién es usted? ¿porqué tiene mi teléfono? ¿quién se lo dio?

Eran demasiadas preguntas para una mente normal, su ansiedad por conocer quien estaba al otro lado del teléfono y su paranoia, le hicieron conjeturar a Jenny que este tipo no estaba muy centrado mentalmente.

--Mire, me llamo Jenny, tengo una carta escrita al parecer en arameo, la llevé a la escuela de idiomas y allí me derivaron a usted. ¿No sé si usted querrá recibirme y traducirme la carta? Dígame sus honorarios, yo le llevaré el dinero.

--¿Una carta por una cara? ¿De cuantos párrafos estamos hablando? O mejor dicho cuente las líneas que son y digámelo, así podre hacer un cálculo estimativo.

La voz del profesor Kadosh era muy exangue, costaba trabajo comprender qué decía, casi hablaba murmurando, Jenny tuvo que aumentar el sonido de la conversación del móvil.

--Mire profesor Kadosh dijo Jenny, son exactamente 9 líneas.

--Está bien, no pasará de 100 euros. ¿Cuándo vas a venir?

--Si usted está disponible esta tarde, me gustaría pasarme por donde tenga usted su oficina.

--Hija, trabajo en mi casa, apunta la dirección, Avenida de los Mártines, número 5, bloque 2, 3º E, en la barriada de El Saladillo. Puedes pasarte a las 6 de la tarde, te estaré esperando.

--Gracias profesor Kadosh, es usted muy amable, estaré allí a esa hora en punto.

Jenny colgó, tiró las dos toallas sobre la cama y caminó desnuda hasta el armario, corrió una de las puertas, abrió un cajón y sacó unas bragas tanga y un sujetador negro, se lo puso, después descolgó uno de sus vaqueros de una percha, la tiró también sobre la cama, y se colocó una camiseta de tirantes negra, se colocó unas nikes negras con la raya gris en los pies sin apenas desabrocharle los cordones. Después cogió el sobre rojo con la carta y la escondió en un bolso negro de dos asas.

Posteriormente pasó el rato en casa, después de comer, hizo tiempo viendo un poco la televisión, el programa Sálvame y a las 5 de la tarde le comunicó a Amanda que saldría por unas compras, que a lo más tardar en dos horas estaría de vuelta.

--Está bien Señora, le contestó Amanda, con la mosca detrás de la oreja por si lo que iba Amanda es a visitar a Frank, de manera que se dispuso a seguirla una vez que ella tomara el taxi.

--Llámame un taxi le dijo Jenny a Amanda.

--Sí Señora ahora mismo, pero la ama de llaves dio instrucciones a la operadora del teletaxi para que enviara dos pero que el segundo parase en la casa contigua a la suya, eso despistaría a Jenny y le daría tiempo a Amanda de cojerlo una vez que viese como Jenny se empezaba a apartar con el taxi. De todas maneras sabía que Jenny llevaba el móvil Iphone5 con el programa PhoneLocator Periodic por lo que podía ser localizada en cualquier momento tanto por el móvil de Amanda como por el Ronney, así lo programaron cuando Ronney fingió regalárselo por Navidad.

Jenny le indicó la calle donde vivía el profesor Kadosh al taxista, Amanda la seguía en su respectivo taxi. Se extrañó que el camino que recorría el taxi de Jenny no iba en dirección al local de Frank, lo que le intrigó si realmente se dirigiría a algún centro comercial a comprar algo.

Llegaron al barrio donde vivía el profesor Kadosh, el barrio era deprimente y marginal, montones de basura se agolpaban por las esquinas de las calles como si el servicio de limpieza de Algeciras no se adentrase por estas calles. La pobredumbre y el pestilente ambiente no lo hacían propio de la vivienda donde morase un profesor, el ambiente de miseria y pandillas de crios sucios y agresivos tirando piedras a los coches, o amenazando a otros grupos de chicos con palos la descolocaron, pero tenía que adentrarse en este tugurio por muy desagradable que fuera, tenía que llegar a traducir la carta.

--Esta es la calle, el dijo el taxista, el portal 2 es ese que ve usted ahí.

--Gracias, dijo Jenny con cara de espanto cuando vio el umbral de la puerta del portal cerca del derrumbre y el edificio apuntalado en algunas zonas con palos gruesos y tubos metálicos. ¿Cuánto le debo?

--Son 20 euros Señora. El taxista le había traído desde Sotogrande hasta este andro de El Saladillo.

El portal no tenía portero automático, las puertas estaban abiertas de par en par, un fuerte olor a amoníaco, basura y a orín se desprendía desde el suelo hasta el techo en todo el rellano del ascensor y la escalera, había varios excrementos de perros en algunos escalones. Las paredes del portal estaban pintadas con tizas o retuladores emulando imágenes sexuales y multitud de frases malsonantes, la educación allí brillaba por su ausencia.

Jenny pulsó nerviosa varias veces el botón del ascensor pero no daba señal. Sacó un cigarro del paquete que tenía en su bolso, lo encendió y comenzó a dar varias caladas mientras seguía insistentemente pulsando el botón del ascensor. Rezó para que nadie entrara por el portal y quisiera subirse con ella en el ascensor, si era un hombre y en aquel ambiente, una violación sería algo agradable comparado con lo que le podrían hacer en este lugar.

Entró una vieja totalmente encorbada con una gran berruga negra en la barbilla de donde le sobresalían unos pelos de chivo. Venía cargada de dos pesadas bolsas parece ser de patatas y tomates.

--Hija, no insistas, tendremos que subir a patita, ese chisme no funciona desde que se me retiró el periodo, que ya hace siglos.

Jenny comenzó a subir las escaleras, detrás de ella comenzó a subir la vieja, el profesor Kadosh le había dicho 3º planta puerta E, las paredes de los pasillos se caían a pedazos, no había luz en el rellano de la primera planta, tan sólo se alumbraban la vieja y ella por los destellos de sol que asomaban de las ventanas gruesas que daban al ojopatio.

--No te vi nunca por aquí muchacha, le dijo la vieja desde algunos escalones más abajo.

--Vengo buscando el profesor Kadosh, dijo Jenny volviendo la cabeza para encontrarse con la mirada a la vieja.

--Ah sí , ese viejo chiflado dijo la vieja y comenzó a reirse con unas carcajadas que retumbaban en el eco de las escaleras. Ahí vive en la tercera planta sí.

--Sí Señora, dijo educadamente Jenny, eso me dijo por teléfono.

Finalmente Jenny se acercó a la puerta número E, al lado del umbral de la puerta había dos bolsas de supermercado llenas de basura atadas, de una de ellas salió corriendo una negra cucaracha, Jenny dio un paso para atrás cuando la vio corretear por el pasillo. La puerta de la casa del profesor Kadosh estaba entornada, en el centro tenía colgado el símbolo del Maguen David (La estrella de David) Jenny la empujó y entró directamente a un pequeño salón, apenas había luz en la casa, sólo una pequeña lámpara de la que brotaba una tenue luz que enrarecía el ambiente, Jenny escuchó un zumbido de moscas revoloteando dentro de la casa, pero no era en el salón. La decoración del salón era mosaica y arcaica, tenía múltiples menorahs (candelabros judíos de siete brazos) de diferentes tamaños posados en la mesa principal y otros más pequeños sobre mesas más pequeñas a los dos lados del sofá, una capa de polvo cubría los muebles y el suelo presentaba manchas grisáceas de suciedad, telas de arañas cubrían algunos rincones del techo, en una esquina había un pequeño muñeco de trapo con un smoking negro, una pajarita roja, las manos y la cara las tenía de porcelana blanca sentado sobre un triciclo, Jenny rápidamente reconoció aquella cara blanca de porcelana con redondeles rojos sobre los dos pómulos prominentes, ojos y labios rojos, no era otro que el muñeco de la película Saw. Había fotografías enmarcadas en las paredes de Jerusalén, de su centro histórico y del templo de las lamentaciones, pero no había ni rastro del profesor Kadosh en toda la estancia, el sonido del revoloteo de moscas se escuchó de nuevo más

acentuado.

Amanda por su parte estaba aún esperando dentro de su taxi en la calle contigua al portal, vio como una patrulla de policía llegó y comenzó a cachear a unos chicos que fumaban sentados encima de un poyete de cemento, perros vagabundos rebuscaban comida entre los montones de basura que había agolpados en algunas esquinas de la calle. Amanda quedó descolocada, no entendía que había venido Jenny a hacer a un barrio tan marginal. El barrio era primo hermano de la Palmilla en Málaga, las 3000 viviendas en Sevilla, La Barranquilla en Madrid o el mismísimo barrio Chino de Barcelona, para entenderlo.

--Hola gritó Jenny en el interior del salón. ¿Hay alguien en casa?

--La misma voz apagada y exangue que le habló por el móvil se escuchó desde una habitación contigua al salón.--Estoy aquí, entra. ¿Eres Jenny?

--Sí dijo Jenny con voz quebradiza por encontrarse en tan lúgubre lugar.

Jenny avanzó en el sentido desde donde provenía la voz, entró en la pequeña habitación y vio un hombre sentado en una silla de ruedas de espaldas a ella, estaba anotando algo en unos papeles que tenía sobre una mesa.

--Hola dijo Jenny.

El profesor Kadosh se giró 180 grados con una mano sobre las ruedas de la silla de ruedas y se puso en posición de verla. El rostro de este hombre era espantoso, como salido de la fosa de algún cementerio, tenía más de media cara de un cojor rojizo con la piel replegada en diminutos pliegues como si la tuviese quemada por algún ácido que alguien le roció. El ojo de la parte quemada de la cara lo tenía prácticamente cerrado dejando entrever que sólo se le abría con una pequeña abertura, era como si te estuviese guiñando el ojo permanentemente. Jenny se dio cuenta que sólo poseía un brazo, el otro lo tenía amputado y las dos piernas eran escualidas y las tenía apoyadas en dos soportes de metal que sobresalían de los bordes bajos de la silla de ruedas, los pies los tenía calzados en dos botines de cuero negro con cordones como los de un colegial o un discapacitado. No tenía pelo en la cabeza, y sobre su calva Jenny se fijó que llevaba puesto un Kipá (el gorro de los judíos).

--¿Dónde me he metido? Se dijo Jenny para sus adentros una vez que se encontró de pie frente a este profesor. No llegó a terminar de asimilar su pensamiento cuando escuchó el sonido clock de cerrarse la puerta de la entrada de la casa. Jenny se giró mirando hacia el salón.

--No te asustes, dijo el profesor Kadosh, su voz seguía siendo como un murmullo en aquella siniestra casa, aunque era una voz exanime era un poco aguda, parecía la voz de una persona que está más muerta que viva --La puerta la abro y la cierro con un mando a distancia que tengo en la silla de ruedas. No estoy en condiciones para estar moviendome con este cacharro todo el día de un lado para otro, dijo el profesor.

--Sí, sí comprendo, dijo Jenny sintiendo un sudor frío que le subía por la columna vertebral para luego bajarle por ambos brazos. Estaba aterrada. De nuevo escuchó el zumbido de las moscas lacerando su alma.

--Hija dijo el profesor mientras se metía la mano en uno de los bolsillos de su pantalón, sacó 30 euros y se los asió a Jenny. --Tienes que hacerme un favor.

--Sí dijo Jenny mirándole fijamente por si con la mirada podría estudiar su extraña personalidad. --Dígame.

--Sube a la planta cuarta puerta A, dile a quien te abra que yo te mando, cómprame medio gramo de cristal (metanfetamina), lo necesito, dijo el profesor, llevo toda la noche sin dormir corrigiendo textos hebreos para una sinagoga que hay cerca de aquí, y necesito un poco de hiperactividad. Aquí te espero, yo te abro la puerta desde aquí, la dejaré entornada.

--Jenny cogió los 30 euros y salió de la vivienda del profesor, presionó el botón de la luz del rellano de la escalera pero estaba fundida, comenzó a subir los escalones uno a uno,

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

